

SERIE DE REPORTAJES
“TOLUPANES, PARAÍSO DE LOS ABANDONADOS”

Por César Antonio Rivera Irías

NOTA DE REDACCIÓN:

EL HERALDO pone a disposición de sus lectores, a partir de hoy y hasta el próximo viernes, una serie de reportajes sobre la vida, las carencias, lo que se ha ido y lo que queda de una de las pocas tribus precolombinas que han logrado sobrevivir no solo a la conquista española y las subsiguientes, sino también al abandono de nuestras genuinas raíces. Esta nueva muestra de un periodismo de alta calidad es también una contribución a las actividades conmemorativas del 514 aniversario de la llegada de los españoles a América.

LUNES, 09 DE OCTUBRE DE 2006

TOLUPANES, PARAÍSO DE LOS ABANDONADOS

Orica, Francisco Morazán. El tiempo se detuvo en la Montaña de la Flor. Dejó estancadas la pobreza, la miseria y el abandono. Los tolupanes son sus víctimas. Sus miradas están apagadas. La esperanza en ellos ya dio su último respiro, los rostros de la gente están llenos de angustia y gritan en silencio pidiendo auxilio.

La montaña es la prisión de estos auténticos portadores de la identidad hondureña. La cordillera en la que transcurre su existencia ha sido el testigo mudo de lo que se vive en esta comunidad ubicada a 116 kilómetros de la capital.

Para llegar al sitio es necesario recorrer, durante tres horas, caminos pedregosos y polvorientos, bajar y subir cuevas empinadas y, además, atravesar ríos que con las lluvias se vuelven traicioneros. En estas comunidades la miseria y el drama humano no se esconden, por todos lados hay historias reales que contar. Historias de hombres, mujeres, niños y ancianos que tienen en común la tristeza de una vida diezmada por la pobreza.

Dificultad

Lidia Martínez es una de ese centenar de indígenas que sufren en carne propia la penuria. A sus 28 años se muestra vencida, agobiada y hasta resignada por su condición de pobreza. Vive en la aldea de San Juan, una de las cinco tribus tolupanes de la Montaña de la Flor.

Su familia la componen su esposo Noco (26) y sus hijos Joel, (9) Kevin (6) y Javier (4), y un bebé que viene en camino. Su vivienda es medio cuarto con paredes hechas a base de un bajareque que agoniza y un techo de tejas, casi improvisado. Todos viven en medio de condiciones deplorables e inhumanas que provocan que en el sitio se respire la pobreza.

Lidia es una mujer tímida, de baja estatura, de ojos rasgados y de pelo a media espalda. Luego de entrar en confianza habla en voz suave y haciendo un esfuerzo por no

confundir el castellano con el tol, que es la lengua de su tribu: “Para nosotros la vida no es fácil, aquí uno tiene que ver cómo hace para vivir y para darle comida a las criaturas. A veces no sabemos qué hacer cuando piden comida... a veces lloran pero...”, el silencio se apodera de todos en la habitación. Dos de sus hijos no dejan de verla con sus grandes ojos negros.

Viven el hambre

Para la mayoría de las familias tolupanes los tiempos de comida de un día se resumen en uno solo o en dos, en el mejor de los casos. Su dieta no cambia, el maíz se ha vuelto el plato tradicional y cuando el día es bueno se suman los frijoles y quizá un poco de café.

Al igual que Lidia, hay cerca de 1,200 tolupanes más asentados en la tribu de San Juan que viven en similares o peores condiciones de pobreza, y sin tomar en cuenta a los que residen en las aldeas de La Ceibita, Lavanderos, La Lima y Las Guarumas, todas en el mismo municipio de Orica, FM.

Aquí, el olvido y el abandono también se apoderaron de sus habitantes. Para la mayoría de los indígenas adultos, la jornada diaria se vuelve eterna. Es un reto más por vencer, hay bocas que alimentar y mentes que educar, a pesar de la pobreza. “La tribu está a la mano de Dios, no siempre tenemos para comer y por eso algunos días tratamos de guardar para otros”, comenta Noco, la cabeza del hogar. Para él y para sus pequeños, vivir en el abandono se ha vuelto parte del día a día.

LOS EXCLUIDOS DE LA MONTAÑA

- Casi todas las familias tolupanes están compuestas por una media de tres a cuatro hijos.
- Un gran número de parejas son jóvenes menores de 30 años.

Tegucigalpa. El mundo en el que viven los tolupanes es distinto al que todos conocen. Su pobreza, su falta de acceso a la salud, a la educación y a servicios básicos como energía eléctrica, agua potable y vías de comunicación adecuadas es más grave que la situación del resto de los hondureños. En las 28 tribus que comprende la etnia tolupán (entre Yoro y Francisco Morazán), las carencias para los casi 18 mil indígenas son enormes y los esfuerzos por superar la pobreza diminutos.

En sus comunidades, los centros que presten servicios adecuados de salud, escuelas que tengan un buen sistema educativo y programas de gobierno que promuevan el desarrollo de las comunidades son solo una utopía. Gertrudis Bustillo es una de las dirigentes de la comunidad y funge como presidente del Consejo Directivo de Tribus Tolupanes en la aldea de San Juan, y reconoce que “nuestras tribus, nuestra gente, están desapareciendo por el abandono que por años hemos venido padeciendo, y no hay nadie que nos ayude a salir de este hoyo. Hemos intentado hacerlo nosotros solos, pero ya vimos que es imposible”.

Las necesidades

Bustillo ha identificado como el alimento, la salud y la educación los principales problemas que enfrentan las tribus. En el tema sanitario, la desnutrición está acabando con los niños, los índices aquí oscilan entre un 75 y 80 por ciento. Duplican la media

nacional. Por otra parte, el cáncer también parece estar campeando en la comunidad. Las mujeres son las más afectadas.

En la parte educativa, el problema es eterno. Maestros unidocentes. Niños que van a clases sin haberse llevado un bocado a la boca, situación que merma la calidad del aprendizaje. A esta condición se suman las largas caminatas que hay que hacer para recibir el pan del saber.

Algo más

Sin embargo, la problemática va más allá. En los asentamientos tolupanes hasta la identidad de sus pueblos se ha ido perdiendo. Un ejemplo claro de esto es su lengua, el tol. Cada vez son menos los pobladores que la hablan y hasta existe una disputa para permitir que las escuelas impartan clases en este dialecto.

Valeriano Cáceres es otro dirigente tolupán y su cercanía con la capital le permite tener una visión de la problemática de las comunidades. “Nuestras tribus están perdiendo su identidad a causa del mismo olvido; debe ser el Estado el llamado a extender su mano a estos compañeros para rescatarlos. Ellos también son hondureños, también tienen derechos”, dice.

CIPRIANO MARTÍNEZ: “Bonito fuera que ‘Mel’ se acordara de nosotros”

Sus años ya pesan. Dentro de sus ojos negros puede verse la llama tenue de un liderazgo que se resiste a apagarse. Su piel ajada encierra un centenar de años (a pesar de que otros digan lo contrario). Así es Cipriano Martínez, el cacique de los tolupanes que radican en la aldea de San Juan.

Los tiempos cambian. Cipriano lo sabe muy bien. Su tribu ya no es la misma de antes, cada vez hay más pobreza, sus tradiciones se han perdido, el olvido por parte de las autoridades es latente y la delincuencia se ha apoderado de sus comunidades.

El habla de Cipriano ya es pausada y susurrante. Su mezcla de castellano y tol obligan a poner mayor atención en la conversación que sostiene. Después de una breve conversación sobre su estado de salud, y sobre su última visita a la capital hondureña, comienza la entrevista.

¿CÓMO ESTÁN LAS COSAS EN LA COMUNIDAD, EN SU TRIBU, DON CIPRIANO?

No, nada es como antes, aquí estamos a la mano de Dios. Nos faltan muchas cosas, ocupamos ayuda de la gente de Tegucigalpa. A veces solo vinieron (vienen) a ofrecer ayuda y nunca más volvieron a asomarse por aquí.

¿QUÉ TIPO DE ATENCIÓN ES LA QUE NECESITAN EN LA TRIBU?

¡Huy!, aquí tenemos un montón de problemas. Solo tenemos una escuela, las medicinas están escasas en el centro de salud, el doctor que está ahí solo viene tres días a la semana, la posta que hay ya no tiene policías, en la escuela solo (hay) dos maestras y tantas cosas más que faltan.

¿CON LOS ALIMENTOS CÓMO ESTÁ HACIENDO LA GENTE DE LA COMUNIDAD?

Esa es otra cuestión que está difícil. Fijate que aquí hay gente que unos días come y otros no. Hay indígenas que tienen sus tierritas sembradas, pero no siempre les dan las cosechas. Muchos no hay de dónde sacar comida.

¿Y A ESTA COMUNIDAD HA VENIDO GENTE DEL GOBIERNO, DON CIPRIANO?

No, esos no vienen. Antes venía “Mel”, pero ahora ya no. Él se asomaba por aquí solo cuando andaba haciendo trabajos (cuando fungía como director del Fondo Hondureño de Inversión Social). Bonito fuera que mi amigo “Mel” se volviera a acordar de nosotros.

LOS TOLUPANES, SU VIDA Y SUS COSTUMBRES

- EL HERALDO llegó hasta el sitio para vivir el abandono junto a esta etnia y conocer sus necesidades.

A los tolupanes también se les conoce como jicaques (xicaques); históricamente se sabe que se establecieron primeramente en la costa atlántica, en la bahía de Honduras, desde el río Ulúa hasta Puerto Castilla y tierra adentro hasta el río Sulaco. Se formaron como un grupo étnico en el área de Guayape y Guayambre, en el departamento de Olancho. Actualmente habitan en Yoro y Francisco Morazán. En el primero de estos departamentos radican en los municipios de Morazán, Negrito, Victoria, Yorito, Olanchito y Marale; mientras que en el segundo viven exclusivamente en el municipio de Orica. Están conformados por 28 tribus jicaques.

Su forma de gobierno está compuesta por consejos tribales que a su vez están integrados por una junta directiva. Estos consejos son asesorados por un cacique que generalmente es de avanzada edad. La población de esta etnia es de 18,000 personas.

Por tradición, los tolupanes o jicaques han producido maíz, frijol, naranjas, mangos y aguacates; sin embargo, sus condiciones de pobreza y han hecho que sus cosechas se vean reducidas al frijol, al maíz, la yuca y la malanga.

También se dedican a la comercialización de miel de abeja, al cultivo de tabaco y a la elaboración de canastas con una planta conocida como huyaste. Además practican la caza y pesca a menor escala. Los tolupanes aún utilizan arco y flecha para la cacería; de la corteza de algunos árboles fabrican tiras para unir entre sí los palos de sus chozas. En algunas de las comunidades más alejadas de la tribu, los tolupanes aún usan la piedra de pedernal para encender el fuego. Otros utilizan aún su vestimenta tradicional, que es conocida como balandrán.

MARTES, 10 DE OCTUBRE DE 2006

LOS MATA LA MISERIA Y EL ABANDONO

Orica, Francisco Morazán. Su rostro luce desencajado, sus ojos son los que más predominan, su cuerpo delgado la hace verse como una joven de 20 años (en realidad tiene 32), su espalda empieza a perder la curva que quiso doblegarla. Así es la

aparición de Estela Flores, una indígena tolupán sobreviviente de la tuberculosis, la enfermedad que está arrasando con la etnia.

Antes de iniciar la conversación se levanta de las tablas viejas que le sirven de cama y se anima a salir de una habitación curtida por la pobreza y que luce sin mayor pena la miseria. Hasta hace un par de meses, Estela no sabía sobre su enfermedad. Su tos persistente, su elevada fiebre y su dificultad para respirar fueron los síntomas que delataron su condición y que la mantuvieron casi al borde de la muerte.

La sombra de esta enfermedad no solo la ha envuelto a ella, ahora amenaza con atacar a su familia: un esposo y tres hijas. Estela aún no tiene claro el problema de salud que enfrenta “esta tos me hizo ver la muerte, los primeros días no se me quitaba con nada, probé un montón de hierbas, pero ninguna me la quitó. A estas alturas ya casi ni tengo”, dice con pausa y en voz baja.

La mejoría de su condición de salud le ha costado casi tres meses a base de tratamiento médico, mismo al que se rehusaba, pues en su familia jamás se han acostumbrado a las medicinas. “Había días en los que yo me quedaba, uy, eso fue horrible, ya por último me fui a meter donde el doctor y me dijo qué era lo que tenía y me recetó un cerro de pastillas que parece que me han llegado”, comenta.

Atacados

Desde hace poco más de un año, la tuberculosis parece haberse ensañado con las tribus tolupanes de la Montaña de la Flor, a tal grado que se estima que uno de cada tres indígenas de esta comunidad están contagiados con la enfermedad. El lugar se ha convertido casi en una bomba de tiempo para la lucha que Salud hace en contra de la tuberculosis. La fácil transmisión de la enfermedad se ve agravada por el hacinamiento en el que viven las familias.

Las madres hacen que sus hijos defequen al aire libre y hasta son limpiados con hojas. Gustavo Naira, director y médico asistencial del único centro de Salud de la montaña y que se ubica en la tribu de San Juan, asevera que “la tuberculosis le está haciendo un daño terrible a los tolupanes. Solo entre los meses de julio y septiembre hemos tenido tres muertes de pacientes que la habían padecido (todos adultos) y en la actualidad son seis casos los que tenemos reportados y a los que ya les iniciamos su tratamiento, pero sabemos que hay más”.

Según Naira, las condiciones en las que viven las familias y la renuencia de algunas de ellas de acudir a la asistencia sanitaria (debido a su cultura) ha despertado la sospecha de que la tasa promedio de personas afectadas sea elevada.

Enfermedades respiratorias

Las enfermedades pulmonares parecen haberse adueñado de las tribus tolupanes.

Miguelita Martínez (23) lo sabe bien. Marco y Elder, dos de sus cuatro retoños, no paran de “moquear”, como ella misma le dice al problema respiratorio que desde hace una semana padecen estos gemelos.

En el rostro de estos niños se ve reflejada la desnutrición que padecen. Su escaso pelo amarillento (aparentemente rubio), sus ojos hundidos y sus cuerpecitos esqueléticos los delatan. Para que sus vástagos recibieran atención médica, Miguelita tuvo que recorrer cinco horas de camino, lidiando con sus dos pequeños que aún no caminan (a pesar de tener casi año y medio). No vino sola, sus otros dos hijos, Santos y Nancy, la acompañan para ayudarle en su trayecto.

El malestar de los pequeños es más que evidente. No paran de llorar, lo único que los consuela es el pecho de su madre. “Así han estado todos estos días, pero yo creo que es por lo enfermos que están. Ojalá que la medicina que les den aquí me los componga

porque ya tienen mucho tiempo de estar enfermos”, lamenta Miguelita mientras trata de acomodar en sus senos a los dos gemelos.

Por su parte, Naira sostiene que las enfermedades entre los tolupanes son de difícil atención porque “la desnutrición los agobia, sus defensas son mínimas y cualquier gripe por sencilla que pueda ser para uno, para ellos puede ser mortal, ya hemos tenido casos de niños que han fallecido porque no tuvieron una atención médica a tiempo”.

El galeno asevera que en la mayoría de los casos los pobladores se descuidan en sus tratamientos porque su cultura les impide confiar en los medicamentos y vuelve frecuente la prevalencia de neumonías y bronquiolitis en estas comunidades. Estas enfermedades representan la segunda causa de mortalidad infantil entre los menores de seis años.

UN PUEBLO CARENTE DE SALUD

Orica, Francisco Morazán. El sistema sanitario del país parece haberse olvidado de los indios tolupanes. En estas oficinas gubernamentales el nombre de la Montaña de la Flor ha dejado de retumbar. A duras penas hay un centro de salud para una población de al menos 1,200 indígenas que residen en cinco tribus eternamente distantes unas de otras. Para que un indígena pueda acceder a este tipo de servicios necesitan recorrer a pie (muchas veces descalzos) caminos pedregosos y polvorientos, por un mínimo de dos horas.

La asistencia que reciben en ocasiones no es la adecuada. Las patologías que imperan en estos lugares no pueden ser tratadas en un centro asistencial menor. “Las limitantes que tenemos son grandes, nos hacen falta tantas cosas, a veces hasta para atender un parto nos hemos visto en dificultades sobre todo los que presentan complicaciones”, comenta Gustavo Naira, director del centro de salud de la aldea de San Juan, lugar donde reside un fuerte número de tolupanes.

Las enfermedades

La tribu tolupán está enferma. Además de las graves complicaciones que presentan con las enfermedades respiratorias y con la tuberculosis, problemas como el chagas, la desnutrición y ahora el cáncer en las mujeres están acabando con las comunidades. En el tema del chagas, según Salud, la prevalencia de esta enfermedad es del 45 por ciento y a pesar de que la mayoría de los indígenas conocen a la chinche picuda (vector que transmite el chagas), no todos saben los estragos que hace en los humanos.

La muerte de quienes han padecido de chagas ha quedado en el silencio, tal y como ha llegado la enfermedad. En la comunidad no hay registros de las personas que han fallecido por esta causa. Hilario Martínez (64) es el vicepresidente del Consejo Directivo de Tribus Tolupanes de San Juan y para él, tener chagas es “como si nada”. “Hace dos años el doctor me dijo que tenía chagas y que tenía que estar en tratamiento, pero la verdad es que yo nunca he sentido nada. Eso sí, he visto gente que se ha muerto y dicen que es porque padecieron mi misma enfermedad pero por gracia de Dios, lo mío no ha pasado a más”, dice con incredulidad. Las mujeres tolupanes no podían dejar de ser víctimas de la problemática sanitaria. La incidencia de cáncer de cérvix ha crecido en los últimos años.

Según Naira “los casos de cáncer que hemos encontrado en las comunidades son sumamente elevados y tratar a las mujeres de esta etnia es difícil pues por su idiosincrasia no son partidarias a practicarse exámenes citológicos y antes de hacerlo

prefieren no acudir al médico”, comenta. Según los registros, cada mes se detecta entre la comunidad un promedio de tres casos.

OLIVIA MEJÍA: “VOY CON MIEDO PARA TEGUCIGALPA”

La emoción que Olivia Mejía (36) podría sentir por conocer la capital de Honduras se convirtió en miedo de la noche a la mañana. Su ilusión era conocer esa ciudad enorme, la misma de la que hablan en las noticias que escucha por las radioemisoras, pero no bajo las condiciones que ahora lo hará. Su equipaje no es más que una bolsa naranja, en ella porta nada más que una mudada de ropa.

Una secreción en sus genitales la hicieron acudir al médico, sin sospechar que días después éste le diría que tiene una enfermedad grave: cáncer de cérvix. “Yo no sé cómo se llama lo que tengo pero el doctor me dijo que tiene que llevarme para Tegucigalpa y que me va a dejar allá en un hospital”, dice Olivia mientras su rostro serio lleno de temple le da paso a la angustia y al desconcierto.

El temor de esta mujer de estatura media, pelo largo, tez trigueña y de contextura delgada y madre de cuatro pequeños, es no saber a la enfermedad que se enfrenta y el dejar sin nadie a sus pequeñitos.

Solos

Esta vez ni Róger, ni Rosario y Elena (tres de sus hijas) la acompañan. La dificultad con la que inicia su viaje a la capital y no tener un lugar dónde hospedarlos la ha obligado a dejarlos, pero sí trae consigo a Melanie, el menor de sus vástagos. Su valor no fue tanto como para dejarla. Con sus ojos a punto de estallar en llanto Olivia asegura que “me voy con la tristeza de saber que mis niños quedaron solo con una de mis hermanas y no sé por cuánto tiempo voy a dejar de verlos”.

Olivia tuvo que ser trasladada hasta la capital por Gustavo Naira, el médico que las asiste en su comunidad, hasta el momento de su partida desconocía el sitio donde dormiría y lo que comería, pero para ella eso era lo que menos le importaba su angustia era más fuerte que la curiosidad de saber de esta ciudad. Naira asegura que la condición de salud de Olivia no es del todo favorable y que determinó remitirla hasta la capital para que se le practiquen más exámenes y así saber el avance que el cáncer ha tenido.

MIÉRCOLES, 11 DE OCTUBRE DE 2006

EL FUTURO DE HONDURAS ENVUELTO EN POBREZA

Orica, Francisco Morazán. El rostro de Reiniero Martínez (8) luce cansado y angustiado. No es para menos, es el resultado de recorrer descalzo y durante dos horas

un trayecto pedregoso y polvoriento para llegar hasta la escuela Rubén Martínez, de la aldea San Juan, que es donde cursa el tercer grado de primaria. Para este pequeño descendiente de la etnia tolupán, de piel morena, ojos rasgados, de al menos 1.20 metros de estatura y cabello erizado y descolorido, esta práctica ya es costumbre. Pero la angustia en su rostro no se debe al cansancio, nace del retraso con el que creyó que llegaba a sus clases.

Reiniero se suma al grupo que hay afuera del aula, mira a su alrededor y luego de localizar a su maestra la saluda con un estrechón de manos: “Buenos días, profe Raquel”, le dice. Acto seguido, la maestra le ordena hacer fila junto al resto de sus compañeros para ingresar a la única pieza de la escuela, que alberga a más de 60 estudiantes que cursan desde el primero hasta el sexto grado de primaria. Las razones por las que el pequeño llega tarde a clase son tan sencillas como la forma en la que da su explicación: “Es que primero fui a buscar leña para que calentaran el café”, dice Reiniero con una voz suave, pero acelerada.

Este pequeño no es el único que llega a clases casi en condición de ayuno, la mayoría de los estudiantes salen de sus casas sin llevarse a la boca alguna porción de comida, descalzos y con sus uniformes gastados. La situación es igual para los que cursan la primaria como los pequeñitos que están en preescolar.

La maestra Raquel Fiallos sabe que esta situación afecta el rendimiento escolar de sus alumnos y por eso su exigencia en el estudio no es mayor. “Los niños que vienen a clase hacen un gran esfuerzo, sobre todo por las condiciones en las que viven. Vienen hambrientos porque en sus casas no hay mucho que comer y de remate cansados por el largo trayecto que algunos hacen para venir”, comenta la maestra.

A estudiar

Las clases del día dieron inicio. El turno le tocó a las Matemáticas. A segundo y tercer grado hay que hacerle el repaso de la suma y para eso la maestra ordena que los alumnos vayan al patio a buscar 15 piedritas que serán el “ábaco” con el que se auxiliarán durante la jornada. Por otra parte, a cuarto, quinto y sexto grado hay que recordarles cómo se multiplica con cantidades de tres cifras.

Para algunos de ellos resolver el problema es como tratar de salir de un laberinto. Reiniero tiene la suerte de ser un niño vivaz y para él resolver cuánto es $86 + 53$, con sus 15 piedritas y con el pedacito de lápiz con el que le toca escribir, fue “pan comido”. La competencia que se impuso con Jessica, la niña que está adelante de él, lo obligó a terminar antes.

Refuerzos

“Nuestro plan de estudio jamás va a ser igual al que tienen los niños de las ciudades, aquí hacemos mayor énfasis en las Matemáticas y en las clases de Español porque la prioridad debe ser aprender a leer y escribir. Claro que les impartimos el resto de clases como Estudios Sociales y Ciencias Naturales, pero insistimos más con las otras”, reconoce la maestra.

Para ella una de las mayores dificultades para los alumnos que reciben enseñanza es que una sola profesora deba abarcar seis grados. “Así la enseñanza jamás será de calidad, el aprendizaje de nuestros niños es bien atrasado. Tenemos alumnos que están en cuarto grado y que aún así tienen problemas serios para leer”, relata la educadora.

LA CARIDAD PÚBLICA, LA LECCIÓN DEL DÍA

Orica, Francisco Morazán. La educación de las tribus tolupanes está al borde del abismo. Un sistema educativo unidocente, alumnos que reciben clases sumidos en el hambre, carencia de material didáctico y alumnos sin útiles escolares son parte del diario vivir en la Montaña de la Flor. Esta situación está afectando a casi cuatro mil niños que carecen de un sistema educativo óptimo y equiparado al plan de estudios aprobado por la Secretaría de Educación.

Los elevados niveles de desnutrición entre la población son los que impiden que esto se lleve a cabo. “La educación de estos niños es sumamente difícil. La desnutrición les hace ir un paso atrás en su capacidad de aprendizaje”, reconoce Sarahí Flores, maestra de la comunidad tolupán de San Juan y quien se encarga de la educación de los preescolares.

Crisis educativa

La tribu tolupán, ubicada en La Montaña de la Flor, al norte del departamento de Francisco Morazán, en el municipio de Orica, está compuesta por cinco aldeas: San Juan, La Ceibita, Lavaderos, La Lima, y Las Guarumas, cada una de ellas cuenta con un centro educativo que en su mayoría ha sido donado por instituciones cooperantes externas. De ellas dos carecen de maestros que impartan clases.

Hilario Castro es el vicepresidente del Consejo de Tribus Tolupanes de San Juan y comenta que “los gobiernos jamás se han preocupado por la educación de nuestros niños y solo basta ir a la escuela para ver cómo reciben clases esas criaturas. Las condiciones no son las más adecuadas para que ellos aprendan algo”, dice el dirigente. También asegura que desde el año anterior se vienen presentando problemas con la asignación de maestros para las escuelas, ya que algunos han desertado debido a que son nombrados de lugares distantes a la comunidad, lo que motiva a que presenten dificultades para presentarse a sus labores. Aquí el plan básico y el diversificado no existen.

Las necesidades

El sistema educativo de estos lugares funciona bajo la modalidad unidocente, estrategia que impide brindar una enseñanza adecuada para los alumnos, ya que el catedrático debe abarcar el plan de estudios para seis distintos grados. Raquel Fiallos es la profesora de los seis grados de la escuela Rubén Martínez y comenta que “este sistema se ideó para no dejar sin educación a los niños de comunidades como esta, pero al final nos damos cuenta que el alivio no es la gran cosa, no podemos abarcar seis grados a la vez y ni siquiera podemos impartir varias clases un mismo día, por fuerza tenemos que centrarnos en una sola, dejando las demás incompletas”, dice la maestra.

EL TOL VA A LA DESAPARICIÓN

Tegucigalpa. La lengua tol, que es el dialecto de los tolupanes, se ha convertido en la manzana de la discordia del sistema educativo de estas comunidades, a pesar de que cada día son menos los indígenas que la hablan. Es justamente esta la razón por la que un grupo de la comunidad aboga porque en las escuelas se ponga en práctica la educación bilingüe (castellano y tol); sin embargo, hay quienes se oponen a la idea.

Gertrudis Bustillo es el presidente del Consejo Directivo de Tribus Tolupanes de San Juan, una de las aldeas de la Montaña de la Flor, y asevera que “hay un proyecto para tratar de rescatar la lengua por medio de los niños, para que ellos la aprendan, pero la gente que puede enseñarle a los maestros no quiere porque dice que el tol solo debe ser para los tolupanes”, señala.

La situación es tal que en las escuelas los niños que sí conocen la lengua se resisten a enseñarla a sus demás compañeros, evidenciando así su arraigo cultural. Sarahí Flores es maestra de la comunidad y sostiene que “hemos intentado convencer a los líderes de la comunidad para que se nos enseñe la lengua y así impartirles clases a los chiquitos en su propio dialecto, pero se han negado. Con esto, lo único que se está haciendo es contribuir a que el tol desaparezca”, dice la educadora.

GERTRUDIS BUSTILLO: “ESTAMOS CONDENADOS A NO PROGRESAR”

Para Gertrudis Bustillo, el presidente de las tribus tolupanes de San Juan, su pueblo está condenado a no progresar. El olvido por parte de las autoridades, que convierte el sistema educativo impartido en estas comunidades en deficiente, es la razón principal. “Las autoridades saben muy bien que la educación de un pueblo es su mejor arma para salir adelante. Pero por los problemas que tenemos en nuestras escuelas es seguro que estamos condenados a quedarnos estancados, a no progresar”, lamenta.

Bustillo condena también la carestía de maestros que existe en su comunidad y que, según él, los obliga a cada vez estar más cerca de estancarse. Lo único que algunos de los menores andan es una mochila que a inicios de año repartió diario EL HERALDO como parte de la campaña Soli-Diario, que incluyó útiles escolares.

Pelea inútil

“Nosotros hemos desatado un pleito que a veces creemos que lo vamos a perder porque, por más que le pedimos a las autoridades que nos ayuden a superar la educación, no han hecho nada. Les pedimos que intervengan para que la educación sea bilingüe (castellano y tol), pero no han insistido en eso porque en la comunidad hay gente que se opone sin saber que eso sería para el bien de todos”, comenta el dirigente comunitario.

Según Bustillo, las autoridades educativas deben aprovechar que el Consejo Directivo de Tribus ha ejercido su mando para hacer que los padres envíen a sus hijos a la escuela. “En nuestra tribu hemos logrado disminuir el abandono de los niños a la escuela porque nos hemos movido para conseguir cosas que les faltan a los niños. Sabemos que muchas veces no es mucho, pero lo que buscamos es que, a pesar de la pobreza, los chiquitos no dejen de ir a clases”, asevera Bustillo.

El dirigente también reconoce que una de las mayores dificultades que se tiene con el sistema educativo son los problemas de aprendizaje, que están relacionados con la prevalencia de la desnutrición infantil. Según él, es aquí donde debe intervenir el gobierno.

“Las deficiencias en la alimentación de nuestra gente no solo los están afectando en la cuestión de su salud, también están haciendo que no puedan asistir a las escuelas y, además, les están dando problemas en el aprendizaje; pero parece que, a pesar de eso, las autoridades no piensan actuar todavía”, sostiene Bustillo.

JUEVES, 12 DE OCTUBRE DE 2006

CRUEL SEQUÍA MATÓ LAS ESPERANZAS

- En la Montaña de la Flor hay tolupanes que fueron beneficiados con sistemas de riego, sin embargo, representan una minoría. El Consejo Directivo ha pedido al

gobierno que este beneficio se generalice de manera simultánea con la titulación de tierras.

- La tierras tolupanes están siendo disputadas por campesinos olanchanos. Los indígenas están impotentes ante el despojo de sus tierras.

Orica, Francisco Morazán. En la Montaña de la Flor, la cuna de las tribus tolupanes, el sol aún no se levanta a las cuatro de la mañana. Pero para hombres como Manuel Soto (27) eso no es ningún impedimento. Las siete bocas que hay que alimentar lo animan a dejar las tablas que le sirven de cama. Una taza de café, una oración y la señal de la cruz en su pecho son el arma con el que sale de su casa una hora después para buscar el alimento de su familia.

Su esperanza es encontrar un par de elotes en la milpa que comienza a secarse y que le sirvan de alimento a su esposa, sus tres hijos, su cuñada y sus dos suegros. En medio de una siembra de maíz que quiso ser más abundante aparece Manuel, un tolupán de mediana estatura, de tez trigueña, de orejas puntiagudas y de cabello negro. Su rostro, más que cansancio, refleja angustia.

“El invierno de primera solo nos dejó unos cuantos granitos y teníamos esperanza de que con las lluvias de segunda nos dieran las otras siembras que hicimos, pero ya estamos en octubre y el agua no se ha visto”, dice. Los frijoles, la yuca y la malanga (que formaban parte de su dieta alimenticia) se han perdido de la mesa y únicamente ha quedado un poco de maíz. La sequía es la culpable.

Tierras ajenas

La crisis de alimentos ha comenzado a ponerse crítica entre los tolupanes de la Montaña de la Flor. Al igual que Manuel, decenas de indígenas están padeciendo la escasez de alimentos en las cinco aldeas que habitan la montaña. Pero el problema no queda aquí. A esto se suma la presencia de compradores salvadoreños. “La situación en nuestros pueblos es crítica, no solo hay problema por el mal invierno sino que también hay gente salvadoreña que está viniendo a comprar las pocas cosechas que tenemos.

La mayoría cayó porque pensó que el invierno iba a ser bueno, pero nos hemos quedamos sin nada”, comenta Valeriano Méndez, dirigente comunitario y miembro de la Federación de Tribus de la Montaña de la Flor. En el lugar es fácil ver la presencia de vehículos con placas de ese país, que entran y sales de la zona sin mayor problema.

Según Méndez, la mayoría de los salvadoreños compra tomates y frijoles.

A esto se suma la problemática de la tenencia de la tierra que durante años han venido enfrentando los tolupanes con agricultores olanchanos. A la disputa por estos territorios ni siquiera el gobierno le ha puesto control. Según Hilario Castro, vicepresidente del Consejo Directivo de Tribus de la aldea de San Juan, “no solo tenemos que conformarnos con la poca producción que nos dan los suelos o con los malos inviernos, sino que también con el robo que algunos ladinos (gente no tolupán) están haciendo de nuestro suelo”.

Según Hilario, hasta la fecha el gobierno no se ha preocupado por concluir la titulación de tierras, situación por la que vienen peleando hace más de una década. Se estima que de las cerca de 250 familias que integran la tribu de San Juan, únicamente el 40 por ciento tiene titulado su territorio. “Las tribus saben que estas tierras les pertenecen, pero

no han podido hacer nada, lo único que pedimos es que no se les quite la vida quitándoles las tierras”, reprocha Hilario.

NACEN ESPERANZAS PARA HERMANOS TOLUPANES

Tegucigalpa. Un lempira, dos o cien, no importa, lo que vale es el amor que los capitalinos han manifestado hacia los hermanos tolupanes que se debaten entre la miseria y el abandono en la Montaña de la Flor. La respuesta a los reportajes de EL HERALDO ha sido contundente. Las llamadas de solidaridad no se han parado de recibir y los ofrecimientos de víveres, ropa y dinero están a la orden del día. Además de informar sobre las precarias condiciones de salud y educación, EL HERALDO, el diario de mayor influencia en el país, ha comenzado a recolectar víveres para esta comunidad ancestralmente olvidada. Ayer se estableció un centro de acopio en las instalaciones de Mega Larach Miramontes y la respuesta fue la esperada: decenas de personas aportaron su grano de arena.

Ahí, entusiastas reporteros y personal de Mercadeo de EL HERALDO recolectó todo el día dinero, ropa, alimentos, juguetes y medicinas. “Es muy bueno lo que está haciendo EL HERALDO, informado acerca de lo que está ocurriendo en la Montaña de la Flor”, dijo Gladis Godoy. Otros demandaron que a la par de la labor social de EL HERALDO surja una respuesta contundente de parte del gobierno.

Investigación

La serie de reportajes comenzó a publicarse el lunes luego de que un equipo periodístico se internara varios días en la montaña, en la parte situada en el departamento de Francisco Morazán. El trabajo investigativo muestra el abandono en el que han vivido por años los miembros de este reconocido pero a la vez olvidado grupo étnico de Honduras.

Campaña

Para este día, la campaña de recolección se trasladará a la plaza Central. Ahí, los periodistas y el personal de EL HERALDO estará esperando su colaboración. Lleve lo que su corazón le indique, lo que sienta, lo que quiera. A través de la campaña se tiene prevista la recolección de comida seca o enlatada, ropa, medicinas, zapatos, juguetes, colchonetas, herramientas, utensilios, semillas y fertilizantes. A esta jornada de amor ya han dicho presente organizaciones como Larach y Compañía, empleados de Soptravi y alumnos del instituto 15 de Septiembre.

VIERNES, 13 DE OCTUBRE DE 2006

ULTRAJADOS POR LA DROGA

- De los vehículos que ingresan a media noche a la montaña de la Flor ya se tienen identificados tres. En menores ocasiones han sido vistos haciendo el ilícito de día.
- Los indígenas de la Montaña de la Flor son testigo de los vehículos que pasan cargados con marihuana, en medio de la noche.

Orica, Francisco Morazán. “Lalo” ha recorrido la Montaña de la Flor, el refugio de los tolupanes, como ningún otro. Su sobrenombre se ha hecho famoso no porque sea un líder de la comunidad sino porque con tan solo 11 años de edad fue capturado transportando un cargamento de marihuana. En la aldea de San Juan todos lo identifican.

El menor puso al descubierto, sin ni siquiera imaginárselo, lo que los narcotraficantes están haciendo en esta comunidad que encierra parte de la historia de Honduras y que se ha quedado escondida y olvidada en medio de montañas, pinos, ríos y viejos caminos. Aquí la marihuana circula sin mayor problema. La noche es testigo de ello, pues sirve de resguardo para sacar en vehículos el cargamento que se siembra en la comunidad.

Víctima

El incidente ocurrió a mediados de 2005, cuando todavía estaba en funcionamiento la posta de la Policía Nacional. Fue justamente en una de las rondas que realizaban los agentes que detuvieron al pequeño cargando un saco conteniendo marihuana. “Cuando los policías vieron que Lalo llevaba el saco en el lomo lo detuvieron y le preguntaron por lo que llevaba. Él no supo qué decir y solo les dijo que le habían pagado diez pesos (lempiras) para que la llevara hasta Lavanderos (comunidad a cuatro kilómetros de San Juan)”, recuerda Gertrudis Bustillo, presidente del Consejo Directivo de Tribus de San Juan.

El incidente provocó la detención del pequeño durante dos días en la posta de la comunidad. Después de ese tiempo fue traslado hasta la prisión de Talanga donde también permaneció detenido y posteriormente liberado por ser menor de edad y porque no se le encontraron mayores indicios de culpabilidad.

“La siembra de droga en la Montaña de la Flor se ha vuelto normal. Nosotros como autoridades (de las tribus) estamos preocupados con lo que está ocurriendo y tenemos temor de que esto vaya a pasar a más y que cada vez sea más gente la que venga a utilizar nuestras tierras para hacer sus cuestiones”, comenta Bustillo.

Abandonan la posta

La posta policial de la tribu de San Juan, en la Montaña de la Flor, está cerrada desde hace 5 meses. Ahora piden que la misma sea reabierta.

Lo ocurrido al menor solo es el reflejo de cómo la Montaña de la Flor se ha convertido en el paraíso para los traficantes de droga. La situación se agravó hace cinco meses, cuando los únicos tres agentes con que contaba la posta policial de San Juan fueron retirados de sus puestos sin mayor explicación que excusándose en “órdenes superiores” y en la falta de presupuesto.

“Este es un sitio ideal para los traficantes porque aquí nadie los va a molestar ni les va a impedir que hagan lo que hacen porque no hay autoridad y, además, porque la gente es pacífica y no va a meterse en problemas con personas que en la mayoría veces

permanecen armados”, señala Valeriano Cáceres promotor tolupán y miembro del Consejo Directivo de la tribu.

Las versiones que circulan en la comunidad giran en torno a que los ladinos dedicados a la siembra de marihuana provienen de Olancho, particularmente de comunidades fronterizas conocidas como La Peña, Monte Grande, Concepción y Tablones, entre otros. Se ha constatado que la mayoría del cargamento tiene como destino final Tegucigalpa. “Nosotros podemos entender que estas personas saquen la droga de la montaña, pero lo que no sabemos es cómo hacen para hacerla pasar hasta Tegucigalpa, porque en el camino hasta allá hay varias postas policiales”, comenta Bustillo.

Complicidad

Según el dirigente, en un inicio se pensaba que en esta actividad participaban miembros de las tribus tolupanes, pero aclaró que luego se constató que los indígenas más bien eran utilizados por gente foránea que se adentraban en las montañas y se adueñaban de tierras para la siembra de la droga y de otros que sirvieran como “puntos ciegos” para el trasiego del cargamento.

A pesar de que se descartó la posibilidad de que tolupanes estuvieran involucrados en la actividad, se sospecha que algunos de los agentes del orden estén involucrados en el ilícito, ya que, coincidentemente la posta policial permanecía cerrada los mismos días en los que circulaban los vehículos que transportaban la hierba.

El Consejo Directivo de San Juan ha solicitado que la posta policial sea reabierto, sin embargo, hasta la fecha no han tenido respuesta de parte de la Secretaría de Seguridad. La unidad policial servía de resguardo para las cinco aldeas tolupanes asentadas en la Montaña de la Flor.

HONDUREÑOS SE UNEN A FAVOR DE TOLUPANES

Tegucigalpa. Las manifestaciones de solidaridad no han parado. Cada día son más las instituciones y personas de noble corazón los que se comunican o llegan a las oficinas de diario EL HERALDO para aportar un granito de arena que permita mitigar las necesidades de estos pueblos ubicados en la Montaña de la Flor y que han sido históricamente olvidados por los gobiernos.

EL HERALDO publica esta semana una serie de reportajes donde se ha puesto al descubierto la miseria, el hambre, las deficiencias en salud, educación y agricultura, así como el tráfico de drogas por el lugar.

Aunque estamos conscientes de que una ración de alimentos o una mudada de ropa no será una solución definitiva al problema, creemos que puede ser el inicio de una gran campaña de solidaridad que motive al gobierno, municipalidades, ONG, iglesias y personas particulares a dirigir su mirada hacia los más desprotegidos.

Prueba de que la semilla de la solidaridad debe sembrarse es lo que están haciendo los alumnos del instituto 15 de Septiembre, quienes de forma voluntaria han comenzado a recoger víveres que serán enviados a la Montaña de la Flor la próxima semana.

Unitec también se ha sumado a este esfuerzo. Todos los alumnos han sido motivados para que a partir del lunes lleven al centro de acopio instalado en este centro educativo lo que nazca de su corazón.

En Santa Lucía también tenemos un gran ejemplo de amor por el prójimo. Ciudadanos de noble corazón, con el apoyo de autoridades municipales y fuerzas vivas de la comunidad, han decidido hacer una maratón para recolectar víveres, ropa, medicina y útiles escolares, entre otras cosas.

La gran obra de amor por este pueblo está en marcha, ahora falta que el gobierno se sume con programas que permitan enseñar a los tolupanes a ser autosuficientes, a tener la higiene como norma en sus casas, a acudir al médico para curar los males que les aquejan. Así se demuestra el amor por Honduras.

SABADO, 14 DE OCTUBRE DE 2006

CORAZÓN VOLCADO HACIA LOS TOLUPANES

Tegucigalpa. Está comprobado que el corazón de los capitalinos rebalsa de sensibilidad. Bastó un solo llamado para que las muestras de apoyo para los indígenas tolupanes de la Montaña de la Flor comenzaran a llegar a manos llenas. Por tercer día consecutivo, reporteros y personal de Mercadeo de EL HERALDO ha recibido las donaciones de escuelas, colegios, iglesias y personas particulares que se han conmovido con las deplorables condiciones en que viven estos olvidados compatriotas.

EL HERALDO publicó esta semana como la pobreza, el hambre, la enfermedad y el olvido del gobierno se conjugan para atacar a este sector indígena. Pero el hondureño es noble. Ayer los centros de acopio instalados en el Parque Central, Megalarach y las oficinas de este rotativo recibieron las múltiples muestras de ayuda.

Cuando la gente veía llegar al personal de EL HERALDO con los botes para pedir dinero se mostraba presta a dar lo que su corazón les decía. Ahí no importaba el valor de la ayuda sino la intención y la entrega. Otros ni siquiera esperaban que se les pidiera y sacaban uno, dos tres y hasta cien lempiras de su bolsa para darlos a esta noble causa. En los centros de acopio también se ha recibido ropa, comida y juguetes.

Estudiantes, lustrabotas, vendedores, amas de casas... en fin, es toda una colectividad la que ha dicho presente en esta nueva cruzada de amor que, una vez más, lidera diario EL HERALDO. “Ellos necesitan más que nosotros”, fue la expresión generalizada de los que se desprendieron de un poco para entregarlo a los tolupanes. Pero las ayudas vinieron acompañadas de expresiones de indignación de la población por la indiferencia con la que el gobierno ha tratado a los tolupanes. “Cuando se quiere ayudar solo es cuando andan en política porque después se olvidan, como ya consiguieron lo que querían al llegar al poder”, lamentó una señora tras depositar 10 lempiras en el garrafón.

Se sumó la Summer Hill

Los alumnos del noveno grado de la Summer Hill School no se quedaron con las ganas de colaborar y apoyados por su maestra Ana Cecilia Salinas organizaron una pequeña maratón para recolectar víveres, útiles escolares y ropa. “Desde que vieron el reportaje en EL HERALDO se conmovieron mucho, pero desde que en unas de las páginas salió la foto de un niño tolupán escribiendo con un pedazo de lápiz, fue muy duro para mí como maestra y para mis alumnos, y eso nos impulsó aún más a colaborar”, señaló la maestra.

Al día siguiente los jovencitos convirtieron el aula de clases en un centro de acopio, donde recolectaron cuadernos, lápices, ropa, frazadas y comida, uniendo sus corazones a nuestros hermanos de la Montaña de la Flor. “Nosotros queremos compartir con ellos, de verdad nos ha conmovido su historia y aquí está nuestro granito de arena para ellos, espero que ellos sepan que no están solos, que cuentan con el cariño de todos nosotros”, dijo Ariana Velásquez, en nombre de todos sus compañeros del grado.

Tocando corazones

Los teléfonos de diario EL HERALDO se convirtieron en una línea de solidaridad, unas de las primeras en llamar fue doña Analicia Rivera, quien labora como secretaria en Soptravi y junto a sus compañeras juntó 20 bolsas de ropa para hombres, mujeres y niños. “Nos comprometemos públicamente a que cada empleado de Soptravi donará un juguete en Navidad y se los entregaremos a los niños tolupanes para llevarles un poco de alegría en esa fecha”, decía la señora al momento de entregar la ropa y una caja de alimentos.

En la Cooperativa Sagrada Familia también se vivió otra historia de amor. En horas de la mañana Ana Rodríguez se comunicó con EL HERALDO, para decir que darían un significativo aporte educativo. EL HERALDO llegó por la tarde y fue necesario un carro más grande para llevar cajas llenas de cuadernos y 10 docenas de lápices. Pero eso no es todo. Por la mañana el pastor Héctor Flores llegó con un carro lleno de bolsas de ropa. El religioso es líder del Ministerio Internacional de Reconciliación que tiene su sede en El Prado.

La promesa del pastor es que este día llegará con cajas llenas de zapatos y otros artículos. Los niños han jugado un papel fundamental en esta gran obra. Temprano, un grupo de pequeños escolares de la escuela República del Perú llegaron con otro carro lleno de ayuda. Todos subieron corriendo a la paila del vehículo para comenzar a bajar las bolsas llenas de ropa, comida, zapatos y otros víveres.

Los centros de acopio se mantendrán en la plaza Central, Megalarach, EL HERALDO y a partir de la próxima semana en Unitec. Este gran esfuerzo de la población debe ser el motor que impulse al gobierno a tomar las medidas permanentes que se necesitan en la zona. Mientras esas medidas lleguen, seguiremos llamando a la solidaridad.

EL HERALDO SE INTERNÓ EN LA MONTAÑA DE LA FLOR

La crudeza de las infrahumanas condiciones en que sobreviven los indígenas de la Montaña de la Flor fueron evidenciadas en un trabajo de investigación de EL HERALDO. Un equipo de trabajo se internó varios días en este lugar para palpar cómo estos pobladores autóctonos luchan para sobrevivir.

Los reportajes se comenzaron a publicar desde el lunes, siendo el común denominador la miseria que los abate. Ahí descubrimos que enfermedades como la tuberculosis, cáncer y chagas los están matando.

Los niños padecen desnutrición y los marca para siempre. Pese a las necesidades sanitarias, entre todas las tribus solo hay un centro de salud y un solo médico para más de 1,200 habitantes.

La educación no es para todos, pues solo funcionan dos de las tres escuelas construidas, al tiempo que muchos niños no van a las aulas por tener que dedicarse a la siembra.

Hay otro mal que los castiga: el narcotráfico. Testimonios de los lugareños establecen que varias tierras ubicadas montaña adentro han sido ocupadas para la siembra de marihuana, posteriormente es traída a la capital para su venta.

DOMINGO, 15 DE OCTUBRE DE 2006

SE EXTINGUE LA TRADICIÓN

- Durante una semana nos internamos en el corazón de la Montaña de la Flor.
- Queríamos vivir la pobreza en la que están sumidos estos hondureños, la miseria y el abandono, pero además nos encontramos con que su cultura también está por desaparecer.

Orica, Francisco Morazán. La tenue luz de la tribu tolupán se extingue. El equipo de investigación de EL HERALDO lo vivió durante una semana. No solo la pobreza, la falta de servicios como salud, educación, energía eléctrica o vías de transporte los está consumiendo. Su cultura y sus costumbres también se están apagando.

Durante una semana nos internamos en el corazón de la Montaña de la Flor.

Queríamos vivir la pobreza en la que están sumidos estos hondureños, la miseria y el abandono, pero además nos encontramos con que su cultura también está por desaparecer.

Luego de tres horas de recorrer caminos pedregosos y solitarios llegamos a la primera escala: la aldea de San Juan, una de las comunidades con mayor número de tolupanes aglutinados. Las primeras miradas combinaron la duda y el asombro. El día transcurrió y logramos entablar confianza con una de las familias, la de Chito Soto, un tolupán con una disposición, una amabilidad y un humor de pocos. Sin pensarlo dos veces abrió las puertas de su casa para que conociéramos parte de su mundo.

Las primeras en aparecer en la vivienda fueron sus tres hijas: Helen, Evangelina y Margarita. Todas portando un collar hecho con cuentas de colores. Además de ser el símbolo de su raza, encierra misticismo, tradición y protección.

De inmediato, su madre Catalina Martínez se dirige a ellas en su lengua tol, un dialecto que se ha ido perdiendo lentamente y que ha empezado a sustituirlo una combinación de castellano. Catalina les ordena que se acerquen a ella.

“Aquí es donde vivimos mi mujer y mis hijas, es chiquito pero bien que cabemos”, dice Chito mientras muestra una habitación que no supera los cinco metros de largo por cuatro de ancho.

La tarde transcurre. El reloj marca un cuarto para las seis de la tarde y toda la tribu de San Juan se va quedando desolada, sus habitantes comienzan a encerrarse.

Es momento de encender el fogón, hacer un poco de café (que generalmente es la cena) y sintonizar Radio Nacional, una de las tres únicas emisoras hondureñas que se oyen en el lugar. Así pasa la velada hasta cerca de las ocho de la noche, cuando llega el momento de ir a dormir.

Rituales

Sin embargo, no todas las noches son iguales. Durante la luna llena hay rituales en los que se dedican a cantarle al astro que ilumina su noche. Los tambores retumban durante toda la jornada en honor a esa luna que cuida de ellos.

Sus rituales y sus costumbres son sencillos pero significativos, para ellos llorar a un muerto está prohibido. Para ellos la muerte no es más que la continuidad de la vida.

“Nosotros hemos sido testigos de que los tolupanes no lloran a sus muertos. Se limitan a velarlos y luego a enterrarlos, pero eso sí, sin la presencia de las mujeres, porque ellas no entran al cementerio”, comenta Gustavo Naira, médico de la comunidad.

Trabajo

Contrario a lo que muchos piensan, los tolupanes tienen un concepto muy particular del trabajo. Para ellos, nada debe ser regalado. En nuestra visita aprovechamos para llevarles víveres (arroz, maíz, frijoles y café). El rechazo fue contundente.

“Por qué vamos a aceptar regalos, yo tengo manos y brazos igual que usted, tengo piernas igual que usted, tengo ojos, entonces por qué voy a aceptarlo así no más, tengo que hacer algo para ganármelo”, reflexiona Julio Soto, el cacique de la comunidad de La Ceibita. Él y los de su comunidad son los que tienen más arraigadas sus costumbres.

Para que el cacique y su gente recibieran la ayuda fue necesario que nuestro guía, Valeriano Cáceres, dirigente tolupán que nos prestó este servicio, los convenciera de que la ayuda era un regalo enviado por Dios.

Sin embargo, la recepción del regalo no concluyó ahí. Según Valeriano, “para que consuman lo que les han regalado van a pasar tres días, porque lo van a tener guindado curándolo con humo para alejar cualquier mal”.

Así transcurre la vida de los tolupanes, entre el olvido, la miseria y el abandono. En medio también de una etnia que va desapareciendo.